

sorprenderlos con baratijas *sorprendentes*.

Hay quien sospecha que la conferencia telegráfica celebrada entre los Sres. Sagasta y Silvela, tiene más transcendencia que un ruego de que indique este último un nombre para la Comisión de París; sobre todo habiendo el último venido inmediatamente de Avila, donde se hallaba veraneando tranquilamente.

No sería extraño que más bien estos actos se relacionasen con el debate en las Cortes. La apertura de éstas, impuesta por algunos Ministros, tiene trazas de ser para el Sr. Sagasta, algo así como el cumplimiento de ciertas órdenes, para un marino que considera temerario lo que se le manda, pero que lo cumple, dispuesto á resolver con un suicidio las dificultades que prevén. Pudiera ser muy bien que esas conferencias de Silvela y Sagasta, sin dejar de haber ocupado parte del tiempo en lo de la Comisión, con lo cual no mienten al declararlo así, hayan tenido carácter de disposición testamentaria, en previsión de lo que puede ocurrir, en el Parlamento, en el cual ha de hacer papel importante en esta ocasión el Sr. Romero Robledo.

Recordando usanzas viejas hay quien recuerda el pacto del Pardo. ¡Para pactos de este linaje están los tiempos! ¡Gracias que se pueda concertar sobre el día siguiente! Los términos dilatados para pactos y profecías están descartados para mucho tiempo.

Lo que parece haber fracasado es el tercer partido dirigido por el general Polavieja, aunque los patrocinados de la vida nueva no dan todavía su brazo á torcer.

Las cosas andan tan desdichadamente, que pudiéramos contentarnos con tener vida, aunque fuera vieja.

AGAZEIPOS

EL DUENDE MARTINICO

Casó Narciso con Lola, señor ya viejo y muy rico y sin otras afecciones que su mujer y el tresillo; en cambio, Lolita apenas llegaba á los veinticinco; ¡¡¡bien dicen que no respeta condición ni edad Cupido!!!

No ha mucho que á los esposos aqúeste diálogo oímos:

—¡Ay esposo de mi alma! me han dicho que...

—¿Qué te han dicho?

—Que anda un duende.

—¿Un duende?

—Sí.

—¿Y donde?

—Aquí en nuestro piso.

y hasta me han asegurado que se llama *Martinico*.

—¡*Martinico* había de ser!

—¿Te ríes?

—Sí que me río.

—Me lo ha contado esta tarde Paquita, la del vecino.

—¡Ah! sí, lo que ella desea, que ande un *Martin* en su piso.

—¡Ay Narciso de mi alma! tengo un miedo espantosísimo.

—Vamos mujer no seas tonta

que esos son cuentos de niños.

Y una noche, que en verdad no sé porqué D. Narciso antes de lo de costumbre abandonó su tresillo y se fué á su casa, ¡horror! se encontró en su cuarto mismo á Lolita *desmayada* en brazos de *Martinico*.

UN INSOLVENTE.

SIN NOMBRE

(Ens fiestas, la guerra y la moral)

Presumo fundadamente, caro lector, que no te agrada gran cosa este modesto artículo que hoy te dedico. ¡Tan anarga es la verdad!...

Y luego un artículo al que ni nombre he acertado á ponerle ¿qué dirá de nuevo que te sea desconocido y se te haga interesante? Pero en todo caso no dejes de leer estas líneas por la falta de título: tú se lo darás y quizá lo hagas con más propiedad que yo pudiera hacerlo.

Por lo pronto voy á comenzar recordándote la historia antigua, si es que la estudiaste, ó enseñándote algo de ella, si es que no llegaste á aprenderla.

Hubo dos naciones que se llamaron Grecia y Roma: cada una tuvo su época de poderío y civilización semejante á la que España tuvo en Carlos V, Francia en Napoleón I, ó Inglaterra tiene hoy; que todos los pueblos van pasando por esas alzas y bajas á que las cosas de este mundo están sujetas. Pues bien; Grecia y Roma, después de llegar á la cima del engrandecimiento, cayeron en la abyección más humillante y en la miseria más espantosa. Pero sabes, estimado lector, ¿cuándo sucedió eso? Cuando se perdió la libertad; cuando los hombres se aminoraron, y las antes ilustres matronas se olvidaron del respeto que debían á su antigua nobleza; cuando se sucedían sin cesar las más escandalosas y lúbricas orgías; cuando la frase «pan y circo» expresaba el único pensamiento de aquellas gentes; cuando, en una palabra, el pueblo perdió la vergüenza y estuvo envilecido y desmoralizado casi como lo vá estando hoy el pueblo español.

Males necesarios son á veces las calamidades que Dios envía á las naciones; males que son bienes si los pueblos no han perdido del todo la fé en sus hombres de gobierno, y si estos conservan siquiera un poco de altruista patriotismo en su corazón: entonces, con la buena voluntad de gobernantes y gobernados, puede fundadamente esperarse que las calamidades y desdichas mandadas por Dios á los pueblos sean verdadera penitencia que satisfaciendo los desaciertos pasados, preserve de los futuros y al mismo tiempo que sea la causa que detenga un país en su prevista caída y sea la base de su regeneración.

¡Por fin salió la palabra *regeneración* que huyendo iba de pronunciar! Y de pronunciarla huía porque no quiero hacerme solidario yo también de la falsedad con que esa voz se emplea ó, mejor dicho, de los erróneos y mal fundamentados que son los medios propuestos para llevar á cabo la regeneración social y política de España.

No necesito yo repetir aquí, lector ilustrado, los medios que la prensa propone, consultan los políticos y examinan

los más ó menos auténticos filósofos para volver á engrandecer la mayor de las naciones de otro tiempo y hoy por culpa de todos la miserable y abatidísima España. Sólo sí te haré notar que esos medios son exclusivamente materiales, sin que á nadie se le ocurra buscar en la moral los recursos de nuestra regeneración.

Yo sin embargo, considero, y la historia me es testigo de casos semejantes, que mientras en nuestra sociedad domina el orgullo, la vanidad y la ignorancia; mientras nuestros pensamientos sean tan frívolos como hoy en que nada serio preocupa las imaginaciones; mientras los teatros y las plazas de toros estén repletos de gente, en tanto que Dios nos azota con su justiciera vara; mientras el egoísmo nos haga olvidar que tenemos hermanos que padecen; mientras busquemos para socorrer al prójimo diversiones y jolgorios, sin aplicar la desinteresada caridad cristiana; mientras los grandes envilezcan á los pequeños para tiranizarlos, y los pequeños se dejen envilecer para no conocer su desdicha; mientras, dicho de una vez, dirijamos los ojos únicamente al mundo material y los apartemos del mundo moral, nuestra vida será una continuada decadencia que terminará en la esclavitud más humillante y vergonzosa, comparable tan sólo á la servidumbre en que cayeron los griegos y los romanos, y á la en que están hoy imperios y reinos como Turquía, Egipto, Marruecos y hasta Portugal, que son el juguete de las demás naciones.

¿Qué energías se pueden esperar de un pueblo que vé á sus hijos perecer de la manera más ignominiosa á miles de leguas de distancia y en tanto grita *¡pan y toros!*, como aquel antiguo pueblo romano clamaba *¡pan y circo!* cuando ya había perdido la dignidad racional y ni aun el recuerdo santo conservaba de su pasada grandeza?

Espanoles que en las plazas de nuestro litoral presenciáis una corrida de toros, apartad un momento la vista del espectáculo que tanto os divierte y dirigidla hacia aquel punto negro que se divisa en lo lejano del horizonte. ¿Adivináis lo que es aquel punto negro? Pues es un vapor en el que regresan los pocos y mal aventurados hijos que han sobrevivido á la lucha que entablaron por defender á su patria. ¡Vedlos cómo vienen y considerad que son vuestros hermanos!...

Ahora yo os pregunto: españoles que asistís hoy á una corrida de toros; españoles que presurosos camináis al teatro; españoles que olvidáis las calamidades de la nación; vosotros los que de ese modo obráis ¿tenéis conciencia?, y esa conciencia ¿no os remuerde?, y ese remordimiento ¿no os mata? Si así es te compadezco pobre patria mía, te compadezco pueblo español y digo con el sacerdote Zacarías de nuestros libros santos: «Dios lo vé; Él hará justicia».

X. ABEN-ZAHAR.

La Solana 30 Agosto 98.

LA FERIA EN DAIMIEL

FUNCIÓN RELIGIOSA EN HONOR Á NUESTRA PATRONA LA S^{MA}. VIRGEN DE LAS CRUCES

A expensas de nuestro Ayuntamiento se celebró con gran solemnidad el pasa-

do jueves en la parroquia de Santa María, oficiando el digno cura ecónomo don Ramón Prado, y en la que se cantó de una manera magistral la Misa de Mercadante por la compañía del Sr. Berges que, secundada por la orquesta, supo sacarnos lágrimas de placer, pues parecía nos elevaba al Cielo y oíamos el coro de ángeles de aquella regia mansión.

A cargo del hijo preclaro, del hijo queridísimo de Daimiel D. Jorge Borondo, estuvo la oración sagrada, que si de la misma nos ocupáramos con el detenimiento que merece, necesitaríamos muchas columnas para no lograr desempeñar nuestro cometido con el acierto que supo hacerlo el sabio Canónigo de Toledo.

¡No en valde, Daimiel, sabe corresponderle al cariño que le profesa haciéndole justicia y rindiéndole homenaje de admiración y respeto!

Poco más de una hora invirtió en el sermón y en tan corto espacio nos dijo lo que cuesta muchos años aprender.

El hermoso tema escogido, en armonía al título de la advocación con que adoramos á nuestra Patrona, fué el siguiente:

«*Muchas cruces de la vida, desaparecerían de nuestros hombros con el ayuda de la Santísima Virgen.*»

Empezando por la definición de la Cruz, nos entretuvo tan agradablemente, que á tener buena memoria retendríamos casi un curso de historia sagrada, antigua y moderna. La Cruz, sirvió en muchas naciones de tormento á los criminales y hoy es: la redención del género humano. El que tiene fé en Dios, la lleva para su salvación, para su triunfo, para su genio, para su prueba; el que no tiene fé en Dios la lleva para su tormento, para su castigo.

Pasó como por ascuas el simpático orador, las desdichas y penas que agobian á nuestra Patria con los actuales infortunios, haciendo una consideración tan justa y natural que muchos de los corazones que le escuchaban se lo agradecieron vivamente: «Prescindiendo de ocuparme de este asunto—nos dijo—por juzgarle semejante á la situación de un médico, que para cerciorarse de la enfermedad que murió, tiene que hacer la autopsia de su madre».

«No hemos sido vencidos—también nos dijo—porque el valor de los españoles haya decaído, ni por la inferioridad del número; ha sido porque Dios así lo habrá querido; y ojalá que la Cruz que con este motivo llevamos sea como prueba y nó como castigo».

Y terminó la hermosa oración, antes que hubiéramos deseado, intercediendo de la Santísima Virgen de las Cruces para que nos ayude en nuestros destinos, haciendo que desaparezcan las que llevamos sobre nuestros hombros.

A las seis de la tarde se verificó la procesión con la solemnidad propia del caso, recorriendo las calles principales de la población la magestuosa imagen de nuestra Patrona que presidía los festejos de este pueblo que dieron principio en aquel día.

En la Plaza de Toros ha dado tres funciones la Compañía ecuestre y gimnástica que dirigen los Sres. D. Secundino Feijóo y D. Luig Borza.

Notables fueron los trabajos ejecuta-